

7

Eminentísimo Señor Cardenal, Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico,  
Señoras, Señores:

Nuestro corazón de cristianos palpita violentamente en estos instantes en que hacemos vibrar nuestra humilde voz para que llegue a los corazones de los ilustres Príncipes de la Iglesia que nos visitan; y que se han dignado llegar a nuestro lado a fin de presidir la repartición de premios de hoy, para muchos de nosotros la última fiesta escolar de nuestra vida.

Entre las grandes enseñanzas del Colegio vertidas en nuestra inteligencia y nuestro corazón, el pensamiento de la Madre Iglesia y de nuestra situación de cristianos en ella bautizados ha sido el que ha dominado a través de toda nuestra niñez y juventud. Ella es la que nos ha impregnado en su sabia benéfica para que floreciendo a lo largo de toda nuestra vida, fructifique con creces en el momento sublime de nuestra muerte.

Es por eso, Oh Príncipes de la Iglesia!, que al veros entre nosotros sentimos algo que nos es muy querido: el corazón de la Madre Iglesia junto al de sus hijos, el corazón de nuestro Padre el Papa en medio de nosotros.

Y este sentimiento adquiere un relieve particular por tratarse de nuestro Eminentísimo Cardenal, quien es y ha sido siempre el más popular de y querido de los Prelados chilenos. Ya experimentamos desde cerca esta afirmación cuando al volver de Roma envuelto en la púrpura cardenalicia el pueblo chileno se volcó en las calles para tributarle la recepción mas grandiosa y vibrante que recuerda nuestra historia religiosa y nacional.

X por vuestra presencia, Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico que llegais a esta casa en donde encontrara hospedaje cariñoso el primer delegado apostólico en Chile, el año 1900. Tened por cierto que nuestros maestros manteniendo una tradición de familia y de verdaderos hijos han sabido inculcarnos siempre, e especialmente ahora, en los momentos de confusión por ,loa que atraviesa la humanidad, el respeto humilde a la Santa Sede, que nos guiará por las turbulentas aguas que se aproximan y el amor filial a nuestro Santísimo Padre el Papa, Director Espiritual de la ~~Humanidad~~ y Príncipe de la Paz.  
*Civilización*

Al ofrecer esta manifestación no podemos menos que hacerlos llegar, en nombre del Colegio, en nombre de más compañeros del Sexto año y en el mío propio, en estos momentos en que la briosa juventud chilena experimenta convulsiones extrañas que pueden llevarla a desorientaciones culpables, el voto que hemos formulado, inspirados en las enseñanzas de nuestros maestros: de ser siempre sumisos y obedientes a las directivas de la Jerarquía Eclesiástica Chilena, y fieles súbditos de aquellos a quienes Dios eligió por piedras fundamentales de su Iglesia.

Recibidlo , Sagrados Príncipes de la Iglesia, como el cariñoso y elocuente homenaje de amor de los hijos, a sus padres: la Iglesia y el Papa que desde su alta atalaya irradian la luz de Cristo sobre nosotros, orientando nuestro pensamiento y nuestra conducta, por la senda que nos ha de conducir a nuestros eternos destinos.

He Dicho.

y al referirme a V. Exce. Sr. Obispo no necesito  
extenderme en mayores detalles por de todo es bien  
conocida la grandiosa labor de apostolado y de orgi-  
nación que habéis realizado en la juventud de nuestra  
patria.

y en una manifestación como esta no podría fal-  
tar al lado del recuerdo de nuestra patria, siempre  
vivo, el recuerdo de la noble Francia inmortel,  
representada por uno de sus ilustres hijos  
el Sr. Obispo Sr. Luján. Está seguro que  
la juventud chilena agradece a nuestra pa-  
tria y por vuestro intermedio, el valioso aporte  
de cultura y de atrección que nos habéis lega-  
do a través de los Padres de la Sagrada Comu-  
nión de Jesús y de María, y como <sup>una</sup> manera  
de retribución eleva sus oraciones al Altísimo  
para que nuestra patria una vez caída resu-  
citate como siempre gloriosa e inmortel.